

LEONARDO SCIASCIA

Cándido o Un sueño siciliano



Estas son las desventuras de un joven siciliano de buena familia, Cándido Munafò, desde la noche en que desembarcan los aliados en 1943, que es también la noche de su nacimiento, hasta 1977, año que revive París el mito revolucionario de mayo de 1968. Ignorado por padre y madre, crece junto al abuelo, un general de las milicias fascistas y, más tarde, diputado demócrata-cristiano. Este ser preguntón e incómodo, este «pequeño monstruo», terminará en manos de un preceptor, un cura párroco muy peculiar, también hereje por vocación, en quien encontrará al interlocutor ideal. Juntos, pedirán cuentas a los santones de las dos grandes Iglesias de nuestro tiempo: la católica y la comunista. «Las cosas siempre son sencillas», suele decir Cándido, pero es precisamente esta ansiedad suya por llegar al fondo de las cosas y llamarlas por su nombre la que le mete en tantos líos, condenado como está a conocer muy pronto la hipocresía que rige la ficción de la llamada vida civil.

Del lugar y la noche en que nació Cándido Munafò; y del motivo por el cual recibiera el nombre de Cándido

Cándido Munafò nació en una gruta, que se abría, vasta y profunda, al pie de una colina cubierta de olivos, durante la noche del 9 al 10 de julio de 1943. Nada más normal que nacer en una gruta o en un establo, durante aquel verano y, sobre todo, durante aquella noche: en la Sicilia hostilizada por la séptima flota americana del general Patton, por la octava división británica del general Montgomery, por la división alemana *Hermann Goering*, por algún diezmado — casi desaparecido— regimiento italiano. Y en esa misma noche, iluminado el cielo de la isla con siniestras bengalas multicolores, desembarcaron las divisiones de Patton y Montgomery.

Es decir, que no había en ello ningún signo sobrenatural y premonitorio que hubiese predicho el nacimiento de Cándido Munafò dentro de una gruta; tampoco lo había en la circunstancia de que aquella gruta estuviera en la zona de Serradifalco, la montaña del halcón, lugar desde el que era fácil alzar el vuelo, y además un vuelo rapaz; y menos ominoso aún era el hecho de que, a lo largo de toda aquella noche, se hubiera iluminado el firmamento con cohetes rojizos o de una blancura incandescente y hubiese resonado con un intenso chirrido metálico, como si fuera metálica la misma bóveda nocturna y no los proyectiles que la atravesaban, cuya trayectoria invisible estallaba en racimos de explosiones más o menos lejanas. En cambio, sí fue vaticinado por el destino —es decir por los hechos que aquella no-

che acontecieron en Sicilia y en Italia— el nombre que le pusieron. De haber nacido doce horas antes en la ciudad que hasta aquel momento jamás había sido bombardeada, su nombre habría sido Bruno: el nombre del hijo de Mussolini, que había muerto al comando de su avión y que seguía viviendo en el corazón de todos los italianos como el abogado Munafò y su mujer, la señora Maria Grazia Munafò, Cressi de apellido paterno, hija del general de las milicias fascistas Arturo Cressi, quien había sido héroe de las guerras de Etiopía y de España y —un poco menos, en razón de inopinadas dolencias reumáticas— de la que se estaba librando. Nacido después del primer y terrible bombardeo de la ciudad en que vivían, sus progenitores eligieron, en cambio, el nombre de Cándido; y había sido el padre quien había dado con él de manera automática, casi surrealista; por su parte, la señora Maria Grazia lo había aceptado por razones no del todo nobles, pues tenía la idea de que era tan opuesto a aquel de Bruno primeramente elegido, que podía llegar a invalidar incluso la intención primera y errada. Como una página en blanco, pues, el nombre de Cándido; sobre esa página, borrado el fascismo, era imprescindible comenzar a escribir una vida nueva.

La existencia de un libro que llevaba por título ese nombre, la de un personaje que vagaba durante las guerras entre ávaros y búlgaros, entre los jesuitas y el reino de España, eran perfectamente desconocidas por el abogado Francesco Maria Munafò. Y para qué hablar de la existencia de Francisco Maria Arouet, que había sido el creador de aquel personaje. Tampoco la señora sabía del nombre y de la obra de ese escritor, a pesar de que a menudo leía algún libro, a diferencia de su marido que jamás había tenido entre manos ninguno cuya lectura no le hubieran exigido las circunstancias de sus estudios o de su profesión. Cómo pudo ocurrir, pues, que ambos cónyuges hubieran pasado las etapas primaria, secundaria y universitaria de la enseñanza,

sin jamás haber oído hablar de Voltaire y de Cándido, no es cosa para asombrarse: todavía ocurre.

En la mente del abogado Munafò, el nombre de Cándido había estallado tan pronto como cesaron las explosiones de aquel primer y terrible bombardeo de la ciudad en que vivía. Estaba él en un lugar cercano a la estación del ferrocarril, a eso de las cuatro de la tarde, cuando comenzó de pronto. Corría casi, para no perder el tren para Palermo donde, al día siguiente, debía probar la inocencia de un asesino ante el Tribunal Superior. Y hete aquí que de improviso se halló como dentro de una corola a la que unas tremendas explosiones hacían las veces de pétalos. Se arrojó, o fue arrojado, a tierra, mientras mantenía apretado contra su pecho el maletín con los papeles del proceso. Diez minutos más tarde —tiempo que, según pudo saber, había durado el bombardeo— se volvió a poner de pie, en medio de un silencio atónito, de miedo; un silencio que llovía polvo, densísimo e infinito polvo. Y en un primer momento se encontró enceguecido; el llanto y las lágrimas fue lo que le hizo abrir los ojos, la mirada, a esa lluvia de polvo. Siglos después, cuando el polvo comenzó a disiparse vio que ya no había calle, que no había estación de ferrocarril, que no existía la ciudad misma. Emergió de aquella corola deslizándose por el inmenso foso que se había abierto a su alrededor y, por último, trepando con fatiga por uno de los bordes. Así fue cómo se encontró ante una grotesca estatua de yeso, en la que permanecían vivos, como frescos trasplantes, atrozmente arrancados de un hombre vivo e insertos en la cara, sólo los ojos. Le llevó tiempo, mucho tiempo, ya en el límite de la locura, llegar a reconocerse, merced al maletín que todavía conservaba apretado contra su pecho, en aquel espejo que había caído casi intacto de una de las casas ya desaparecidas. Así se encontró con que pronunciaba y repetía una y otra vez la palabra «cándido». Y de ese modo volvió a recobrar la conciencia de quién era, de dónde estaba, de lo que había ocurrido: repitiendo

aquella palabra. Cándido, cándido: el color blanco del que se sentía cubierto, el sentimiento de que renacía, que comenzaba a manarle desde lo más hondo. Mientras repetía esa palabra, se arrancó de aquella estupefacta y estúpida contemplación de sí mismo en el espejo polvoriento, invadido por la feroz ansiedad, dolorosa como una herida de la que antes no se hubiera percatado, de qué podía haberle ocurrido a su mujer, al niño que de un día para otro debía nacer, a su casa. Si bien, por cierto, ya no sabía en qué lado estaba su casa; avanzó, pues, con el paso fantástico propio de una estatua de yeso y se encaminó hacia una parte y hacia otra. En esos momentos empezaban a oírse gemidos, gritos de socorro.

Vagabundó sin decidir hacia dónde habría de dirigirse, hasta que de entre los escombros surgió una patrulla de soldados, mandada por un oficial muy joven. Los soldados, al verse ante aquella estatua de yeso, soltaron algunas risas nerviosas. El oficial le preguntó adónde iba, qué estaba buscando. El abogado pronunció el nombre de la calle en que vivía y el suyo propio. El oficial sacó del bolso que llevaba colgado al cuello un plano de la ciudad, le orientó guiándose por los restos humeantes de la estación del ferrocarril, indicó la dirección que el abogado debía seguir para encontrar su casa. Y le deseó que la encontrara.

—Gracias —respondió el abogado, mientras encaminaba sus pasos a través de los escombros.

Al cabo de un par de horas, encontró su casa. Estaba intacta, pero con todas las puertas y las ventanas abiertas y casi desgoznadas. Arrinconadas en un ángulo, su mujer y la criada, transpuestas, recitaban oraciones. También el abogado recitó un par de ellas. Después llenaron dos maletas con ropa blanca, cogieron las joyas, el dinero, los cheques del banco. Salieron para unirse a la riada humana que huía hacia la campiña.

La suerte les fue propicia casi de inmediato. A la salida de la ciudad había una columna de camiones militares, de-

tenidos bajo el resguardo de los árboles. Toda aquella multitud en fuga trepó furiosa a los vehículos; el capitán, que había dado la orden a sus soldados de que hicieran bajar a todos, recibió la amenaza, vehemente en boca de las mujeres, de que le arrancarían los ojos y le harían picadillo para albóndigas. El capitán consideró la situación: sus soldados eran unos pocos y, en cambio, muchísimas las mujeres enfurecidas. Y entonces dio la orden de partida.

—¿Hacia dónde tiramos? —preguntaron los soldados.

—Hacia donde nos lleve la carretera —respondió el coro de mujeres.

Dadas las circunstancias, la respuesta parecía sensata. Los camiones militares partieron.

Ya habían recorrido una veintena de kilómetros, cuando aparecieron aquellos terribles aviones americanos de doble cola. Relumbraban a la luz del crepúsculo; tanto, que hubiera sido hermoso verles perder altura, como si quisieran aterrizar. Sólo que lo hicieron para desplegar un abanico de metralla. De los camiones, que se habían detenido, surgió un enjambre vociferante de terror, para abatirse sobre la campiña.

Cuando el fuego de la metralla cesó y los aviones desaparecieron, todos los camiones de guerra estaban envueltos en llamas. Y quedaron tendidos tres o cuatro muertos, de los que nadie se preocupó.

En aquella campiña, en la gruta que al poco rato descubrieran, nació Cándido Munafò, una vez transcurridas cuatro horas a partir del momento de la lluvia de metralla.

De cómo el abogado Munafò comenzó a poner en duda el hecho de ser padre de Cándido; y de los males que ello causó

Después de haber traído al mundo a Cándido, ante un centenar de mujeres que, dentro de la gruta, protagonizaron un vocinglero desbarajuste (situación que a un colega del abogado Munafò, presente entre la turba de fugitivos, le recordó a la normanda Constanca, quien en la plaza de Jesi había dado a luz al emperador Federico, bajo una tienda rodeada por un buen número de mujeres), la señora Maria Grazia Munafò, Cressi de apellido paterno, según el juicio de su marido el abogado, se convirtió en *otra*. En opinión de los amigos, se volvió más bonita. Para las amigas —cuyo juicio se acercaba más al del marido— el cambio la llevó a una mayor dureza en su comportamiento y sentimientos, una mayor irritabilidad que la hacía desabrida, venenosa en sus palabras y distraída para escuchar. De modo que, antes de la Navidad, la señora se encontró con que tenía más amigos que amigas: visible motivo de inquietud y de malhumor para el abogado Munafò.

Pero, aunque ciertamente se sentía *otra* en su cuerpo, que bullía de deliciosos apetitos, tal como bulle un panal diligente, ambarino y rezumante de dulzuras, la señora no daba cabida en su cabeza, en aquel momento, a la idea de elegir entre aquellos amigos uno para entregarse a los amores furtivos que se concedían tantas de sus amigas o ex amigas. Los hombres le interesaban más que las mujeres por una razón bien simple: los hombres manejaban la políti-

ca y ella tenía necesidad de hombres que manejaran la política en aquel momento.

Su padre, el general Arturo Cressi, a partir de aquella misma noche del nacimiento de Cándido, se consideraba y quería ser considerado muerto. Ambas cosas debido al miedo que sentía. Pero su hija, que le adoraba, estimaba que se sentía como muerto, y que así quería que le vieran, porque muerta estaba la patria, muerto el fascismo, liquidado Mussolini que había ido a parar a manos de los alemanes, como prisionero suyo. Se entregó, pues, con ahínco a la tarea de devolver —decía ella— una chispa de vida al ojo del general (quien por cierto sólo tenía uno, sin que se supiera con total certidumbre en qué heroica acción había perdido el otro), ensombrecido por el miedo, aunque la hija proclamara que era por la desilusión y el desdén. Y así fue como eligió el camino justo: el que habría elegido el general, de no haberse sentido abrumado por el terror.

El temor más acuciante del general era el de que los americanos le deportaran al norte de África, cosa que hacían con todos aquellos que les señalaban como peligrosos fascistas. Esta eventualidad fue conjurada por Maria Grazia de inmediato. Y fuerza es decirlo: gracias a Cándido. Fue la primera y única vez en que Cándido sirvió de algo a su familia. En vista de que su madre había decidido no amamantarlo con su propio pecho, como acostumbraban casi todas las madres en esos días, se hizo una primera prueba con leche de burra, considerada como ligerísima y exquisita por todos aquellos que alguna vez la habían degustado. Cándido la rechazó. Se hizo, pues, una segunda prueba con leche de cabra diluida, pero resultaba arduo el esfuerzo de hacérsela tomar e imposible impedir que la vomitara tan pronto como se la había tragado. En el campo ya no quedaban vacas.

Así ocurrió que el abogado Munafò se había encontrado, de pronto, ante la necesidad de dejar a un lado aquella dignidad patriótica que se sintiera obligado a mantener

frente al enemigo vencedor: fue a hablar con el capitán americano que, en la ciudad, mandaba sobre todas las cosas y personas. Así le describió el estado famélico en el que se debatía y por el que chillaba Cándido, sobre todo por las noches, y el de la señora Maria Grazia y el suyo propio, estado que convertía a ambos en progenitores angustiados e insomnes. El capitán quedó conmovido y ordenó que enviaran a casa de aquel niño leche en polvo, leche condensada, leche semicondensada, azúcar, café, copos de avena, bizcochos de malta y carne enlatada. Una bendición del cielo, incluso para una casa que poseía una despensa tan bien abastecida como la de la familia Munafò.

El abogado volvió a visitar al capitán para darle las gracias. Y en esta ocasión el capitán, tal vez porque estaba menos ocupado, le entretuvo con algunas confidencias. Se reveló entonces como profesor —de literatura italiana en una universidad— que era y no como el capitán con poder casi absoluto y algunas veces hasta de talante caprichoso, tal como aparecía ante los ojos de toda la ciudad. Y le habló también de su madre, cuya fotografía en colores mostró al abogado. Siciliana era; oriunda de un pueblo vecino, distante quince kilómetros. Si bien su madre no recordaba la existencia de familiares de ascendencia directa en ese pueblo. El abogado, que conocía muy bien a la gente de aquel pueblo, intentó descubrir a algún pariente. De esa manera conversaron placenteramente a lo largo de un par de horas.

Una vez en su casa, el abogado a modo de epígrafe antes de relatar su conversación con el capitán, enunció a oídos de su mujer la profunda verdad que en aquella charla se le había revelado:

—El mundo es pequeño de verdad —dijo.

Sin duda alguna, los soldados que morían en aquel momento a miles de kilómetros de sus países no eran de la misma opinión; a pesar de ello la señora Munafò la compartió inmediatamente. Y a continuación quiso empequeñecer aún más al mundo invitando a comer al capitán John H.

Dykes. La H. quería decir Hamlet, revelación que encantó a Maria Grazia, quien terminó por llamar al capitán *Amleto*¹¹, simplemente, tan pronto como hubo la confianza suficiente entre ambos. Cosa que agradó mucho al capitán porque — según dijo— su madre solía llamarle de esa manera.

Ya antes de que el capitán John H. Dykes se convirtiera en Amleto en la casa de los Munafò, el general había recuperado su vitalidad. Para ser más exactos, sucedió a partir de la segunda vez que el capitán fue a casa de su hija para comer. En la tercera, también estuvo presente el general. El pasado fascista del viejo militar, que no le ocultaron, impresionó de modo favorable incluso al capitán. Su madre siempre le había dicho que gracias al fascismo los italianos que se encontraban en el extranjero se habían ganado un poco de respeto.

Desvanecido el íncubo de la deportación, Maria Grazia se entregó a la tarea de encauzar a su padre dentro del mundo de la política que, a pesar de la prohibición de los americanos, comenzaba a avivarse. El general sentía una ligera propensión hacia los comunistas, debido a que recordaba un axioma que una vez, hacia el año 30, Mussolini le había confiado:

—Mi querido Arturo —le había dicho el duce, y el general relataba la anécdota reproduciendo el axioma con una carga de infinita familiaridad en el «mi querido Arturo»—, mi querido Arturo, si el fascismo se hunde, no queda otra cosa que el comunismo.

Además, entre las personas que frecuentaban la casa de los Munafò, se contaba el abogado Paolo di Sales, barón que había sido ayudante de campo del general durante la guerra de España, que sobre aquella guerra había escrito un libro (*Il fiore di Carmen e il fascio littorio*) y que ahora, según el decir de la gente, era *in pectore* el secretario local del Partido Comunista. Pero Maria Grazia no permitía que con Amleto dentro de su casa se mostrara simpatía por el Partido Comunista. O la Democracia Cristiana o el Partido

Liberal: entre esos dos era conveniente y oportuno que el general eligiese. Recordó el general, pues, que en España había combatido por la fe de Cristo y de ese modo venció la repugnancia que sentía hacia los curas, o sea que vino a elegir a la Democracia Cristiana.

Entre tanto, mientras Maria Grazia cimentaba el nuevo destino político de su padre, Cándido crecía, gracias a la leche y a otros nutricios alimentos americanos, sonrosado y rubio, a pesar de que había sido bastante moreno en los primeros días de su vida. Conforme pasaban las semanas mayor era su parecido con John H. Dykes, con Amleto (a pesar de que el abogado Munafò, con torva obstinación, se empeñara en seguir llamándolo *Yonn*).

Aquella semejanza más visible cada día, la familiaridad y la cercanía que se habían establecido entre Maria Grazia y Amleto, sacaron de quicio al abogado Munafò, hasta tal punto que dentro de él comenzó a crecer, de manera misteriosa, como si de un tumor se tratara, un pensamiento que no podía llamarse pensamiento, una sospecha que no podía llamarse sospecha, un sentimiento que no podía llamarse sentimiento. Siempre que estaba a punto de descifrar aquello, se reía de sí mismo, se escarnecía, se trataba de loco. Pero el tumor estaba allí, y crecía. Y de esto se trataba: de que John H. Dykes fuera el padre de Cándido, o de que —de cualquier manera— él, Francesco Maria Munafò, no fuera el padre de Cándido. Era una perfecta locura, y no sólo porque en el momento en que Cándido había sido concebido el profesor John H. Dykes estaba en el *college* de Helena, en Montana, sino también —y muy en especial— porque Maria Grazia jamás había hecho el amor (es una manera de decir, como veremos más adelante) con otro hombre que no fuese el abogado, su legítimo marido.

Todo esto originó continuos litigios, que el abogado, al no querer confesarse ni siquiera a sí mismo los oscuros motivos, provocaba a partir de futilísimos pretextos. Y aun cuando las apariencias siempre se mantuvieron a salvo —en

presencia de Amleto, de los otros amigos y del general— en la casa de los Munafò ya no pudo haber más paz. Maria Grazia llamaba a su marido «campesino» y «mafioso» aludiendo bien a las claras a sus no lejanos orígenes rústicos y a sus actividades profesionales no precisamente cristalinas. El abogado le devolvía el golpe llamándola «coqueta». Y cada vez que lo hacía ello le exigía un gran esfuerzo mental, un espasmódico control de todos sus nervios el tener que sustituir con la palabra «coqueta» el término «puta», que era el que le afloraba a los labios.

*De la partida y del regreso de Amleto; y de aquello que
mercidamente correspondió al abogado Munafò e
inmercidamente a Cándido*

John H. Dykes partió inmediatamente después de las fiestas de Navidad que en la casa de los Munafò, gracias a la contribución de los abastecimientos militares americanos, fueron particularmente abundantes en comidas y licores.

Tras la partida de Amleto, el abogado experimentó una relativa serenidad. Tan sólo cuando miraba a Cándido, cada día más parecido a Amleto, sentía la punzada de la agitación; y una vez que Maria Grazia, con absoluta inocencia, en un momento en que buscaba la paz con su marido y no la guerra, dijo:

—¿Pero te das cuenta de cómo se parece a Amleto? — el abogado sintió que el ala de la locura le arrebató en vuelo, y así él arrebató y tiró hacia sí con violencia un extremo del mantel sobre el que los platos, vasos y cubiertos estaban dispuestos para la comida. Aquella acción imprevista y furiosa, el estrépito, la caída al suelo de trozos de loza y cristal, de vino y salsas sumió a Maria Grazia por un instante en un mudo terror. Después se precipitó un río de palabras y de lágrimas. El abogado, que no podía ni quería explicar la razón de su gesto, y que por otra parte se sentía, de manera siempre misteriosa, asistido por el derecho de hacerlo, y por ende también por el derecho de no estar obligado a pedir excusas, huyó a la campiña durante dos días. A su regreso, la mujer estaba como acorazada por el silencio. En

cambio, la criada se mostraba grosera e iracunda: como siempre, resultaba ser la fiel aliada de su señora.

El impenetrable silencio se explicaba por el hecho de que María Grazia había adoptado una decisión: abandonar a aquel hombre al que, como ahora comprendía con claridad y sin sombra alguna de duda, jamás había amado y quien, como si esto fuera poco, mostraba estar atacado por una locura que antes había logrado ocultar y que en el presente, sin reparo de ninguna índole, se regodeaba en manifestar. La torturaba. Y sentía placer por ello.

María Grazia tenía veinticuatro años y unos grandes deseos de ser amada, de amar, de divertirse, de ver mundo. Se preguntó por su amor hacia Cándido y no le pareció tan importante, aun a pesar de su parecido con Amleto. Que abandonar a su niño era algo que ninguno de sus amigos y conocidos se lo habría de perdonar, sí, pero ella creía encontrar suficientes motivos para perdonárselo a sí misma. Lo que había sido para ella un trauma, el día en que nació Cándido, la manera en que había nacido, procuraba ocultamente para que no le resultara dramática la renuncia, ni dolorosa la separación. En cambio, sí era un motivo de inquietud el general, porque el que ella abandonara lo que en el código era denominado «techo conyugal» podía llegar a malograr la fortuna con que el general parecía haberse encaminado dentro del partido de los católicos. O sea que resultaba imprescindible hacer las cosas bien: con mucho tacto, sirviéndose del partido de los católicos, de los curas, de la Iglesia. Aun cuando en Italia hubiera existido el divorcio, María Grazia habría preferido librarse de su marido por medio de un proceso en la Sacra Rota, por muy largo y humillante que pudiera resultar. Humillante por todo aquello que, ya fuera verdad o mentira, tendría que decir acerca de su propio cuerpo y obligar a decir a los demás. En este caso concreto, el tipo de declaraciones que habían seleccionado abogados altamente especializados y prelados eruditísimos en la materia decía que ella, tan pronto como la to-